

La femineidad como máscara

Joan Rivière

Cualquiera que fuera la dirección en que se orientara la investigación psicoanalítica, representó en cada oportunidad, para Ernst Jones, la ocasión de demostrar su interés por distintos aspectos de la cuestión. De ahí que, en el transcurso de estos últimos años, sus trabajos hayan invadido poco a poco el campo de la sexualidad femenina, y encontramos muy natural descubrir entre las contribuciones más importantes un artículo de Ernst Jones.¹ Como siempre, expone muy claramente este tema con ese don particular que posee para ordenar los conocimientos adquiridos y agregarles el fruto de sus reflexiones personales.

En su artículo sobre «La fase precoz del desarrollo de la sexualidad femenina», traza un cuadro esquemático de los diversos tipos de desarrollos entre los que distingue un grupo heterosexual y un grupo homosexual; este último, a su vez, subdividido en dos tipos distintos. El mismo reconoce el carácter esquemático de su clasificación y admite un cierto número de formas intermedias. De una de estas formas intermedias me ocuparé hoy. Encontramos a menudo, en la vida corriente, sujetos, hombres y mujeres que, a pesar de su desarrollo heterosexual, presentan rasgos marcados del sexo opuesto. Se ha querido ver en ello la expresión de una bisexualidad inherente a todos; y el análisis nos ha enseñado que todo lo que aparece como rasgos de carácter homosexual o heterosexual, o bajo la forma de manifestaciones sexuales no es sino el resultado de una interacción de conflictos y no la prueba forzosa de una tendencia innata y fundamental. La diferencia entre el desarrollo homosexual y heterosexual está deter-

1. E. Jones, «The early development of female sexuality», en *Int. P. Psá.*, VIII, 1927. (La traducción castellana de este artículo aparece en este volumen.)

minada por el grado variable de la angustia y por sus efectos sobre el desarrollo del mismo. Ferenczi ya había señalado una reacción análoga en el plano del comportamiento,² a saber, que ciertos hombres homosexuales exageran su heterosexualidad como «defensa» contra sus tendencias homosexuales. Trataré de demostrar que las mujeres que aspiran a una cierta masculinidad pueden adoptar la máscara de la femineidad para alejar la angustia y evitar la venganza que temen de parte del hombre.

Aludó aquí a un tipo particular de mujer intelectual. No hace mucho que las carreras intelectuales eran casi exclusivamente patrimonio de un cierto tipo de mujeres, manifestamente masculinas, que en algunos casos ni siquiera ocultaban su deseo de ser un hombre, o su reivindicación viril. Los tiempos han cambiado. De todas las mujeres dedicadas actualmente a una profesión liberal sería difícil decir, observando su modo de vida, o su carácter, si la mayoría es más netamente masculina o femenina. En el medio universitario o científico, así como en el mundo de los negocios, se encuentran constantemente mujeres que parecen responder a todos los criterios de una femineidad realizada. Son buenas esposas, excelentes madres, amas de casa competentes, participan en la vida social y en los acontecimientos culturales, manifiestan interés específicamente femeninos preocupándose de su apariencia y encuentran el tiempo necesario, cuando es menester, para desempeñar el papel de su sustituto paternal abnegado y desinteresado, en su círculo familiar o junto a sus amigos. Pero, al mismo tiempo, son capaces de asumir las responsabilidades de su vida profesional, por lo menos tan bien como cualquier hombre. Uno se ve en serias dificultades para clasificar, desde el punto de vista psicológico, este tipo de mujeres.

Hace algún tiempo, en el curso de un análisis, hice algunos descubrimientos interesantes. Esta mujer respondía casi punto por punto a la descripción que acabo de dar. Sus relaciones con su marido eran excelentes, tanto en el plano afectivo como en sus relaciones sexuales, que eran frecuentes y satisfactorias. Estaba muy orgullosa de ser una perfecta ama de casa. Había triunfado notablemente en su profe-

2. S. Ferenczi, «The Nosology of Male Homosexuality» (1916), en *Selected Papers*, vol. I, 296 (Basic Books New York, 1950).

sión. Poseía en el más alto grado la posibilidad de adaptarse a la realidad y había sido capaz de mantener buenas relaciones con casi todas las personas de su entorno.

Algunas de estas reacciones indicaban, sin embargo, que su estabilidad no era tan perfecta como lo parecía a primera vista; elijamos un ejemplo para ilustrar nuestra afirmación. Se trataba de una mujer de nacionalidad norteamericana, profesionalmente dedicada a una carrera de propagandista militante que la obligaba en lo esencial a hablar y a escribir. Toda su vida había sufrido de cierta angustia, a veces muy intensa, que se manifestaba después de cada una de sus apariciones en público, cada vez, por ejemplo, que había dado una conferencia. A pesar de su éxito innegable de sus cualidades intelectuales y sus dotes prácticos, de su capacidad de interesar al auditorio y de dirigir un debate, era presa generalmente, en el curso de la noche siguiente, de un estado de excitación y de aprehensión, de un temor de haber cometido un error o una torpeza, y sentía una necesidad obsesiva de que la afirmaran. Esta necesidad la llevaba compulsivamente a llamar la atención, o a provocar cumplidos por parte de un hombre, o de varios, a la salida de las reuniones en las que había participado, o en el curso de las cuales había desempeñado el papel principal. Se hizo pronto evidente que los hombres así elegidos representaban, sin lugar a dudas, figuras paternas, aunque en general ella sólo hacía poco caso del valor de sus juicios. Junto a estas figuras paternas trataba de afirmarse: primero, directamente, sobre la base de los cumplidos que se le hacían concernientes a su aparición en público, pero, sobre todo, indirectamente, sobre la base del interés sexual que le demostraban esos hombres. Para hablar de modo más general, el análisis había demostrado que su comportamiento, después de estas reuniones, estaba destinado a provocar avances por parte de un tipo de hombre particular, coqueteando con él, o tratando de seducirlo de manera más o menos velada. Esta actitud, que sucedía tan rápidamente a las actividades intelectuales y que contrastaba de tal modo con la actitud objetiva e impersonal que ella adoptaba en el transcurso de estas últimas, planteaba un verdadero problema.

El análisis mostró que la rivalidad edípica con la madre había sido extremadamente intensa y no se

había resuelto nunca de modo satisfactorio. Volveré a esto más adelante. Pero paralelamente al conflicto que la oponía a su madre, la rivalidad con su padre, fue igualmente notoria. El trabajo intelectual, que consistía sobre todo en hablar y escribir, se basaba en una identificación evidente con el padre que se había iniciado como escritor, eligiendo luego una carrera política. La adolescencia de esta mujer había estado marcada por una rebeldía consciente contra su padre hecha de rivalidad y desprecio. Sueños y fantasías de esta naturaleza, donde ella castraba a su marido, aparecían frecuentemente en su análisis. Experimentaba sentimientos de rivalidad consciente respecto de las «figuras paternas», frente a las cuales reclamaba una superioridad, pero de las que solicitaba atenciones después de las conferencias o de las reuniones. La idea de que ella podría no ser su igual, la hería profundamente y (en la intimidad) no aceptaba la idea de que podría ser juzgada o criticada por ellos. En esto, correspondía netamente a uno de los tipos de mujer descrito por Ernst Jones: su primer grupo de mujeres homosexuales que, sin interesarse por otras mujeres, desean ver «reconocer» su masculinidad por los hombres y piden ser sus iguales, es decir, ser ellas mismas hombres. Su rencor no era, sin embargo, abiertamente expresado, puesto que en su vida reconocía explícitamente su condición de mujer.

El análisis reveló que su coquetería y sus «miradas» compulsivas —de las que era apenas consciente hasta el momento en que se hizo evidente en su análisis— se explicaban así: se trataba de una tentativa inconsciente de alejar la angustia que resultaría del hecho de las represalias que temía por parte de esas figuras paternas como consecuencia de sus proezas intelectuales. La demostración en público de sus capacidades intelectuales, que en sí representaba un éxito, tomaba el sentido de una exhibición tendiente a demostrar que ella poseía el pene del padre, después de haberlo castrado. Una vez hecha la demostración, era presa de un miedo horrible de que el padre se vengara. Se trataba evidentemente de un manejo tendiente a apaciguar la venganza tratando de ofrecerse a él sexualmente. Surgió entonces que una tal fantasía había sido muy frecuente en el curso de su juventud y su adolescencia, cuando vivía en el Sur de los Estados Unidos: si un negro viniese a atacarla, ella se defendería obli-

gándolo a abrazarla y a hacerle el amor (para poder luego librarlo a la justicia).

Pero había otro factor determinante en la base de su comportamiento obsesivo. En su sueño, cuyo contenido se parecía al de la fantasía infantil, ella se encontraba sola en la casa, aterrorizada; un negro entra y la encontraba lavando la ropa, arremangada y con los brazos desnudos. Se resistía, pero con la secreta intención de seducirlo sexualmente; él empezaba a admirarla, a acariciarle los brazos y el pecho. El sentido de este sueño era el siguiente: ella había matado a su padre y a su madre llegando a ser la propietaria exclusiva de todos los bienes (sola en la casa); tenía la venganza posible (esperaba disparos desde las ventanas) y se defendía representando un papel doméstico (lavar la ropa), tratando de lavar la suciedad y el sudor, la culpabilidad y la sangre, y borrar las consecuencias de sus actos «disfrazándose» de mujer castrada. Bajo este disfraz, no sólo el hombre no podía descubrirle encima ningún objeto robado que debería recuperar por la fuerza, sino que la encontraba atractiva además en tanto objeto de amor. Así, el fin de su acto compulsivo no apuntaba simplemente a hacerse afirmar, despertando en el hombre sentimientos afectuosos, sino que trataba sobre todo, adoptando la máscara de la inocencia, de asegurar su ingenuidad. Era realmente una anulación obsesiva de su proeza intelectual, los dos aspectos constituían «la doble acción» de su acto obsesivo, así como su vida entera no había sido más que una alternancia de actividades masculinas y femeninas.

Antes de tener este sueño había tenido otros, donde los personajes adoptaban máscaras para evitar un desastre. En uno de estos sueños, una torre situada en lo alto de una colina se derrumbaba y aplastaba a los habitantes de una aldea situada al pie, pero los habitantes se cubrían el rostro con máscaras y escapaban así a la catástrofe.

La femineidad podía de este modo ser asumida y llevada como una máscara, a la vez para disimular la existencia de la masculinidad y evitar las represalias que temía si se llegaba a descubrir lo que estaba en su posesión; exactamente como un ladrón que da la vuelta a sus bolsillos y exige que lo registren para probar que no tiene los objetos robados. El lector puede preguntarse cómo distingue la femineidad verdadera y el disfraz. De hecho, no

sostengo que tal diferencia exista. La femineidad, ya sea fundamental o superficial, es siempre lo mismo. La capacidad de femineidad existía en esta mujer (y me atrevería a decir que existe aun en las mujeres más homosexuales), pero a causa de sus conflictos, la femineidad no constituía la línea principal de su desarrollo. La femineidad fue utilizada con un medio para evitar la angustia antes que como modo primario de goce sexual.

Algunos detalles particulares me permitirán ilustrar lo que acabo de decir. Esta mujer se había casado tardíamente, a los 29 años; estuvo muy angustiada con el problema de la desfloración y le pidió a una ginecóloga que le hiciera una incisión en el himen antes de la boda. Antes ya del casamiento, tenía ideas preconcebidas sobre las relaciones sexuales, estaba firmemente decidida a obtener el goce y el placer que sabía que ciertas mujeres hallaban en ello y a esperar el orgasmo. Temía ser impotente del mismo modo que lo tenían ciertos hombres. Esto representaba en parte su decisión de superar ciertas figuras maternas frías, pero a un nivel más profundo, estaba decidida sobre todo a no ser vencida por el hombre.³ En efecto, los placeres sexuales fueron intensos y frecuentes y terminaban con un orgasmo completo: pero terminó por descubrir que la gratificación obtenida tenía el carácter de una reafirmación y de una restitución de algo perdido, y no simplemente un puño goce. El amor del hombre le devolvía la autoestima. En el curso del análisis, cuando los impulsos hostiles y castradores respecto de su marido comenzaban a evidenciarse, el deseo de tener relaciones sexuales se debilitaba más y más y hasta se volvió en varias ocasiones relativamente fría durante cierto tiempo. La máscara de la femineidad se desgastaba poco a poco, haciéndola aparecer como castrada (sin vida, incapaz de experimentar un placer), o como castradora (y en calidad de tal, temiendo recibir el pene o acogerlo para su gratificación). En una oportunidad, cuando su marido tuvo durante cierto tiempo una aventura con otra mujer, descubrió que se identificaba fuertemente con su marido respecto de su rival. Es notable el hecho de

3. He encontrado esta actitud en cierto número de mujeres analizadas, y esta autodesfloración en casi todos los casos (cinco casos). A la luz de lo que refiere Freud en el *Tabú de la virginidad*, este acto sintomático es rico en enseñanzas.

que no tuvo jamás experiencias homosexuales (después de una aventura anterior a su pubertad con una hermana menor); pero, en el curso del análisis, se vio que esta falta de aventuras estaba compensada por numerosos sueños homosexuales que culminaban en orgasmos.

En la vida cotidiana, la máscara de la femineidad puede adoptar los aspectos más curiosos. Conozco a una mujer de su casa, inteligente y capaz de llevar a cabo ciertas tareas típicamente masculinas. Pero si, por ejemplo, debe llamar a un mecánico o a un tapicero, se siente obligada a disimular todos sus conocimientos técnicos y a mostrarse deferente con el artesano haciéndole sugerencias con un aire ingenuo e inocente, como si se tratara de indicaciones fortuitas. Me confesó que incluso con el carnicero y el panadero, que de hecho trataba con mano de hierro, no lograba adoptar abiertamente una actitud firme y directa; ella misma tenía la impresión de «representar un papel», de fingir ser una mujer más bien ignorante, tonta y aturdida, cuando en realidad siempre lograba sus fines. En todas las otras circunstancias de su vida, era una persona competente, culta y bien informada, que actuaba de forma razonable sin recurrir a ningún subterfugio. Esta mujer, que tiene actualmente 50 años, me contaba que, cuando joven, se angustiaba mucho cuando debía tratar a ciertos hombres: los recaderos, los mozos, los conductores de taxi, los comerciantes, o cualquier otra imagen paterna, potencialmente hostil, como los médicos, los mecánicos o los abogados; le sucedía a menudo discutir con ellos y tener altercados en cuyo transcurso los acusaba de querer estafarla, etcétera.

Otro caso tomado de la vida cotidiana es el de una mujer inteligente, casada y madre de familia, maestra de conferencias en la Universidad, en una rama difícil en la que pocas mujeres se aventuran. Cuando tenía que dictar un curso no ante los estudiantes sino ante un auditorio de colegas, se vestía de modo particularmente femenino. En esas ocasiones su comportamiento mostraba algo incongruente. Para dictar el curso adoptaba un tono desenvuelto y bromista, que había provocado muchos reproches y comentarios entre sus colegas. Se sentía obligada a transformar esta situación, en la que tenía un papel masculino, en un «juego», en algo no verdadero, en un «embuste». No podía tomarse

en serio el tema tratado; por una parte, no podía considerarse en un pie de igualdad con los hombres, y por otra, su actitud desenvuelta permitía manifestarse a su sadismo explicando así el efecto vejatorio.

Podríamos citar muchos otros ejemplos; he encontrado mecanismos análogos en el transcurso de análisis de hombres abiertamente homosexuales. En uno de los casos, en un hombre muy inhbido y angustiado, las actividades homosexuales estaban de hecho relegadas al segundo plano; encontraba sus mayores gratificaciones sexuales en la masturbación, y esto en condiciones especiales, a saber, delante de un espejo y vestido de cierta manera. La excitación era provocada al verse a sí mismo llevando una pajarita y con el cabello partido por la mitad. Se servía de estos «fetiches» extraordinarios para *disfrazarse* con los rasgos de su hermana a quien le tomaba prestado el peinado y el «moño». Su actitud consciente era un deseo de *ser* mujer, pero sus relaciones manifiestas con los hombres nunca habían sido estables. En el plano inconsciente, la relación homosexual era extremadamente sádica y basada en la rivalidad masculina. No podía dejarse llevar por sus fantasías sádicas y por el de «poseer un pene» sino a condición de protegerse contra la ansiedad gracias a su imagen espejular, que le confirmaba que no corría ningún peligro puesto que él estaba «disfrazado de mujer».

Para volver al primer caso clínico del que hemos hablado, es evidente que bajo su heterosexualidad aparentemente satisfactoria, esta mujer presentaba las manifestaciones bien conocidas del complejo de castración. Horney fue una de las primeras en hacer notar que había que buscar los orígenes de este complejo en la situación edípica. Pienso que el hecho de que la femineidad pueda ser llevada como una máscara nos permite profundizar más en esta dirección nuestro análisis del desarrollo de la mujer. Precisamente con este fin voy a esbozar ahora las etapas precoces del desarrollo de la libido en esta paciente. Pero, antes de proseguir, debo repetir algunos hechos concernientes a sus relaciones con las demás mujeres. Era consciente de sus sentimientos de rivalidad frente a casi todas las mujeres, si estas últimas eran guapas o tenían algunas pretensiones intelectuales. Era consciente de sentir oledas de odio súbitas frente a casi todas las mu-

eres que trataba, aunque fuera capaz de estar en muy buenos términos con ellas cuando se trataba de mantener relaciones permanentes o amistosas. Llegaba a ello, inconscientemente, sintiéndose superior de un modo o de otro; sus relaciones con sus subordinadas eran casi siempre excelentes. Por estas mismas razones, era un ama de casa muy competente; así podía superar a su madre, ganar su aprobación y probar su superioridad frente a sus rivales «femeninas». Su éxito intelectual procedía sin duda de los mismos motivos, pues procuraba probar su superioridad respecto de su madre. Parece probable que, en su vida de mujer adulta, su rivalidad frente a las mujeres se expresará de modo más acentuado en el plano intelectual que en el plano de la belleza: siempre podía encontrar refugio en su superioridad intelectual para minimizar la importancia de la belleza.

El análisis mostró que todas estas reacciones, tanto frente a los hombres como a las mujeres, nacían de sus reacciones frente a los padres en el curso de la etapa sádico-oral. Estas reacciones se manifestaron en forma de fantasías, análogas a las referidas por Melanie Klein⁴ en el Congreso de 1927. La decepción, o la frustración, durante la lactancia o el destete, asociada a las experiencias vividas durante la niñez, interpretada en términos orales, origina un sadismo particularmente intenso con respecto a los dos padres.⁵ El deseo de morder el pezón, o de arrancarlo con los dientes, cambia de registro y se manifiesta entonces por el deseo de destruir, de penetrar y de vaciar a la madre, y de devorarla, a ella y los contenidos de su cuerpo. Estos contenidos comprenden el pene del padre, las materias fecales y los hijos: todos los bienes y todos los objetos de amor que el niño imagina en el cuerpo de la madre.⁶ El deseo de morder y de cortar el pezón es transferido, como sabemos, al pene del padre y al deseo de castrarlo de un modo discón. En esta etapa ambos padres representan rivales, ambos poseen objetos deseados, el sádico,

4. Cf. «Early Stages of the Oedipus Complex», en *Int. J. Ps.*, IX, 1928.

5. Ernst Jones, *op. cit.*, p. 469, considera que la intensificación de la etapa sádico-oral constituye el hecho central del desarrollo homosexual de la mujer.

6. He omitido voluntariamente aquí (por considerarlas inútiles para mi propósito) todas las referencias concernientes al desarrollo ulterior de sus relaciones con sus propios hijos.

mo se dirige contra ambos a la vez y se teme el castigo de los dos. Pero como siempre, en el caso de la niña, es la madre la más odiada y, por lo tanto, la más temida. La madre podrá infligir un castigo proporcional al crimen: destruir el cuerpo, la belleza, los hijos de su hija; pero también prohibirle tenerlos; podrá mutilarla, devorarla, torturarla, matarla. En esta situación espantosa, la niña sólo puede entrever una salvación reconciliándose con su madre y expiando su crimen. Debe abandonar toda competencia con su madre y tratar de devolverle, si puede, lo que le ha robado. Como sabemos, se identifica al padre y se sirve de la masculinidad así adquirida poniéndola a disposición de la madre. Se transforma en su padre y ocupa su lugar; así, puede «devolverlo» a su madre. Esta posición se afirmó netamente en cierto número de situaciones típicas en el curso de la vida de la paciente. Estaba encantada de poder ayudar u ofrecer sus servicios a mujeres más débiles o más desamparadas que ella y era capaz de mantener tal actitud tanto tiempo cuanto los sentimientos de rivalidad no superaran a los otros. Pero tal restitución sólo era posible bajo una única condición: la de aportarle una sustanciosa recompensa en forma de gratitud y de «reconocimiento». Este reconocimiento deseado, se le aparecía como siéndole debido por su sacrificio; pero lo que exigía inconscientemente era el reconocimiento de su superioridad de tener el pene que podría así restituir. Si su superioridad no era reconocida, la rivalidad se hacía inmediatamente intensa; si la gratitud y el reconocimiento no eran expresados, su sadismo estaba en toda su fuerza y sufría entonces (cuando estaba sola) accesos de rabia sádico-oral exactamente como un niño colérico.

Respecto de su padre, su rencor había podido nacer de dos modos: del hecho de que, durante la *scène primitive*, éste se apropiaba de la leche materna y privaba de ella al hijo; y de que, al mismo tiempo, daba el pene o hijos a la madre en vez de dárselos a su hija. Es por ese motivo que la hija debía quitarle todo lo que posea o todo lo que había tomado; era necesario castrarlo o reducirlo a la nada, como a la madre. El temor que le inspiraba, menor que el que le inspiraba la madre, se mantenía; en parte porque él hubiera podido vengarse de la muerte y de la destrucción de la ma-

dre. Era necesario ganárselo y apaciguarlo presentándose con la máscara de la femineidad que probaba su amor y su inocencia frente a él. Es notable que esta máscara femenina, atravesada de lado a lado por las demás mujeres, fuera eficaz con los hombres y pudiera cumplir tan bien su papel. De este modo, trataba de atraer a los hombres para que éstos pudieran afirmarla demostrándole interés. Un examen más profundo mostró que elegía a estos hombres entre los que temen a las mujeres demasiado femeninas y prefieren las que tienen ciertos atributos masculinos, pues así están seguros de no estar expuestos a que les reclamen muchas cosas.

Durante la niñez, ambos padres poseen un talismán de que carece la hija: el pene paterno. De aquí proviene su rabia, pero también su terror y su sentimiento de impotencia.⁷ Quitándose a su padre y apropiándose, adquiere el talismán, la espada invisible, «el órgano del sadismo»; aquél pierde todo su poder y todos sus medios (su gallardo marido), no obstante ella cree necesario protegerse contra todo ataque posible de su parte mostrándosele con la máscara de la sumisión femenina; detrás de esta pantalla, puede realizar un cierto número de actividades masculinas —«para él»— (su sentido práctico y su habilidad). Lo mismo sucede con su madre: ella la ha despojado del pene, la ha destruido, la ha reducido a un estado lamentable de inferioridad y triunfa ahora, pero a escondidas; aparentemente reconoce y admira las virtudes de las mujeres «femeninas». Pero le es más difícil protegerse de la venganza de la mujer que del hombre; sus esfuerzos para calmar a su madre y compensarle la pérdida, devolviéndole el pene o empleándolo en su servicio, nunca serán suficientes; estos medios se usan hasta la saciedad y terminarán por desgastarla a ella misma.

Es evidente que esta mujer se protegía de una angustia intolerable proveniente de su odio sádico contra sus padres, creando una situación fantástica en la que les era superior y, por lo tanto, quedaba al abrigo de todo peligro... La esencia misma de su fantasía era su superioridad frente a los objetos paternos; una vez satisfecho su sadismo por este

7. Cf. M. N. Searl, *Danger Situation of the Immature Ego*, Oxford Congress, 1929.

medio, ella podía vencerlos. Gracias a esta misma supremacía, logró evitar su venganza, recurriendo a formaciones reactivas y disimulando su hostilidad. Yo narcisista y no Superyo. Esta fantasía era el principal resorte de toda su vida y de su carácter y llegó casi a realizarla a la perfección. Su único punto débil era el carácter megalomaniaco que asomaba debajo de todos estos disfraces, su necesidad de supremacía. Cuando esta superioridad se veía seriamente conmovida en el transcurso del análisis, la paciente reaccionaba con angustia, rabia y depresión, mientras que, antes del análisis, se refugiaba en la enfermedad.

Quisiera decir unas palabras sobre lo que Ernst Jones ha identificado como la mujer homosexual en busca de un «reconocimiento» de su masculinidad por parte de los hombres. Se trata de saber si, en este tipo de mujer, la necesidad de reconocimiento está ligada al mecanismo de una necesidad idéntica —aunque opere de otro modo (reconocimiento por servicios cumplidos)— a la del caso que he referido, donde el reconocimiento directo de la posesión del pene no era ciertamente exigida; el reclamo se formulaba en nombre de las formaciones reactivas aun cuando estas últimas sólo pudieran existir por el hecho de la posesión del pene. Aunque indirectamente, el reconocimiento del pene era, pues, exigido. Este modo indirecto resultaba del temor de que se pudiera «reconocer», o en otros términos «descubrir», que ella poseía el pene.

Si mi paciente hubiera sido menos ansiosa, habría podido, también ella, exigir abiertamente por parte de los hombres el reconocimiento de la posesión del pene; y en su fuero interno sentía un despecho amargo, como en los casos descritos por Ernst Jones, cuando fallaba tal reconocimiento directo. Es claro que, en los casos descritos por Ernst Jones, el sadismo primario obtiene más gratificaciones; el padre ha sido castrado y hasta debe confesar su derrota.

‘Pero, ¿de qué manera estas mujeres logran evitar la angustia? En lo que respecta a la madre, lo logran evidentemente negando su existencia. Los informes que he podido recoger a lo largo de los análisis, me permiten concluir que, por un lado (como lo sugiere Jones), una exigencia tal no representa sino un desplazamiento de la exigencia sádica original que reclama que el objeto deseado

—ya se trate del pezón, de la leche, o del pene— le sea inmediatamente acordado. Pero, por otro lado, la necesidad de reconocimiento representa, para una gran mayoría, una necesidad de absolución. La madre es así relegada al limbo; ninguna relación es posible con ella; su existencia parece haber sido negada, aunque en realidad aparezca como demasiado temible. Así, el sentimiento de culpa provocado por este triunfo obtenido frente a los padres sólo puede ser absuelto por el padre; si éste sanciona el hecho de que ella posee un pene reconociéndolo, está salvada. Concediéndole este reconocimiento, le concede el pene y se lo da a ella antes que a su madre; a partir de ese momento ella lo posee, tiene el derecho de guardarlo y todo está bien. El «reconocimiento» es siempre, por una parte, reafirmación, sanción, amor; pero, además, confirma la superioridad. Aunque no lo sospeche, el hombre le ha confesado su derrota. Así, esta relación fantástica de la mujer frente a su padre tiene un contenido idéntico al del Edipo normal; la diferencia sólo reside en que aquélla tiene una base sádica. De hecho ha matado a su madre, pero por esta misma razón le está prohibido gozar de muchas cosas de las que su madre disfrutaba. Y aun lo que tiene el padre debe, en gran medida, quitárselo por la fuerza o arrancárselo.

Estas conclusiones nos obligan una vez más a plantearnos la pregunta: ¿qué es la naturaleza esencial de una femineidad plenamente desarrollada? ¿Qué es *das ewig Weibliche*? La concepción de la femineidad como máscara tras la cual el hombre sospecha la existencia de algún peligro disimulado, aclara ya este enigma. El estado de femineidad heterosexual, plenamente desarrollado, como lo ha señalado Helen Deutsch y Ernst Jones, se basa en la etapa de succión oral. La única gratificación de orden primario que allí puede hallarse es la de recibir del padre el pene (pezón, leche), el esperma, el hijo. En cuanto al resto, todo se apoya en las formaciones reactivas.

La aceptación de la «castración», de la humildad, de la admiración de los hombres, proviene, por una parte, de la sobreestimación del objeto en el plano de la succión oral; pero, sobre todo, se debe a la renuncia (a la menor intensidad) de los deseos de castración sádicos que derivan de la etapa oral del mordisco, más tardía.

«No debo tomar, no debo siquiera pedir: es necesario que esto me sea *dado*.» La tendencia al sacrificio de sí misma, a la abnegación, a la entrega de sí, expresa el esfuerzo hecho por restituir y reparar lo que ha sido quitado a la pareja paterna, a las figuras paternas o maternas. Es lo que Rando ha llamado también una «afirmación narcisista» del más alto valor.

Parece, por lo tanto, evidente de qué modo el hecho de alcanzar plenamente la heterosexualidad coincide con la realización de la genitalidad. Y vemos, una vez más, cómo Abraham fue el primero en formularlo, que la genitalidad postula la culminación en la etapa *posambivalente*. Tanto la mujer normal, como la mujer homosexual, desean el pene paterno y se rebelan contra la frustración (o la castración); pero una de las diferencias esenciales que las separan, reside en la intensidad del sadismo, y también en el poder que tienen ambas para manejar ese sadismo y la angustia que provoca.